

LOS LUNES DE EL IMPAR

AÑO LVI

MADRID, 28 DE MAYO DE 1922

REFLEXIONES DE UN VISITANTE

LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

CONTRA lo que generalmente se piensa, un crítico no es un hombre de mala fe y de protervas intenciones. Imaginarsele con ánimo agresivo y crueldad refinada suele ser lo ordinario. Pero ver en él aquel noble deseo de encontrar buena la obra que le ha tocado en suerte juzgar, eso pocos lo reconocen.

Nuestro crítico es—supongámoslo al menos—un visitante de la Exposición Nacional de Bellas Artes. Aunque antes que a los demás mortales se le permita el acceso a las salas del Palacio que a los menesteres artísticos se destina con aproximada periodicidad, no por ello pierde su condición de visitante. Ya dentro, tentado de la natural curiosidad, empieza a ser sorprendido por to-

da suerte de trabajos, sin que las exigencias de la profesión le reclamen todavía el tomar notas. Si halla en la primera inspección ocular algo de su agrado, se alegra y lo admira; de topar allí con un amigo, no recatara su opinión; lo mismo haría cualquier otro.

Después... los expositores le buscarán en solicitud de juicios sobre los respectivos envíos. Cartas, indicaciones amistosas, la recomendación, en suma, con variedad de metro y asunto (los juegos florales nos dan aquí la fórmula preciosa). No obstante, el crítico es aún uno de tantos visitantes. El oficio, en lo que tiene de penoso, le exigirá más tarde cabal cumplimiento, y conste

que esto último no significa la manifestación súbita de un criterio en el momento de comenzar el primer artículo. Abierta la Exposición, continuará las visitas; víctima del asedio y del genio incomprometido, no negará las más halagadoras palabras, porque ha recibido esmerada educación, y en muchos casos sus elogios verbales pararán, ¡oh advertencia y ejemplo de los siglos!, en la letra de molde.

Salvo la materialidad de escribir para el público, en todo lo demás el crítico no pasa de visitante. A veces es tan inofensivo, que se complace a solas con el pincelillo de pintar o de modelar, por distracción o por disciplina, para mejor aprecio de la técnica, y consiguiente, harto severo acaso para consigo, guardará sus engendros bajo siete llaves. En cambio, convertido en un expositor más, lleva su virtud al heroísmo, mostrando el punto vulnerable a las saetas de la envidia y de la venganza. El crítico criticado o el alguacil al guacilado, es entonces más que nunca carne arrojada a las fieras del circo. ¡Y hay que saber lo que son las fieras del circo excitadas por el hambre!

No hemos pretendido favorecerlos ni favorecer a los

colegas en el «retrato de familia» que ofrecemos a nuestros lectores. Arriba queda recogido un aspecto de la realidad, de la manera que más fiel estimamos. Ironías aparte, benévolas ironías que de seguro se nos dispensarán, nos sentimos tranquilos; la conciencia no nos remuerde, pues que ni siquiera se nos encargó por compromiso de representar el papel de «abogado del diablo».

Vengamos ahora a consignar las impresiones y las consiguientes reflexiones del visitante crítico acerca de la actual exposición. Que es otra más, lo dijimos a su tiempo con brevedad de razones y quizá acentuando el tono de censura.

Una mirada de conjunto, dirigida a las obras de pin-

cundidad rebaja a los de fuera, mientras nosotros, por providencial misión, vivimos preservados del mal; de ahí que el moderno arte español ocupe preeminente lugar en el mundo. Así lo oiremos y así nos lo repetirán. La Exposición Nacional de Bellas Artes no contribuye ni en pequeña medida a fomentar tan simpatías ilusiones; lamentándolo, la verdad nos dicta una contestación semejante.

La pobreza de ideas corre parejas con el menosprecio del dibujo. Raros son los pintores que se consagran al dibujo por el placer de descifrar las formas determinantes de seres y de objetos. Al mé-

clásico, considerarlo much

ad: el

sionis.

«acés, tras-
plantado a nues-
tro suelo afinó
la sensibilidad
para la percep-
ción del color
en abunda
serie de matic
mas lo hizo
costa de la
ma, q
cuanto
estético,
fué entre
otros cate
primaria.
composici
dentro de
amplio con
to, apenas si
merecido los ho
nores de ser cu
tivada; el or
y la clarid
que exigen,
haber de logi
se venciendo di
ficultades, re
pugnan a la im
provisación ex
peditiva que
español, pe
por tem
mento

Que
pluma
menta pesimis
mos de últim
hora, lo adver
tirá quien guste
de frecuentar el
Museo del Pra
do. Examinando
los cuadros de



EN LA BARRACA.—CUADRO DE NICANOR PIÑOLE

tura y de escultura, nos obliga a declarar que nuestros artistas padecen lamentable penuria de inventiva. Cier- to que la vida contemporánea no presta el aliento a levantados ideales, y cierto que la lucha por la exclu- siva conquista de ventajas económicas, mercantiliza el esfuerzo. Y, sin embargo, contados son los que se arriesgan a singularizarse con la independencia del hondo y sincero pensar para afirmación de originales elaboraciones y con vistas a la personalidad que se traduce, cuando se triunfa, en gloria y en dinero a la par. Una mental plebeyez consume las mejores dotes de expresión; los españoles, maestros en reproducir el natural con los rasgos más enérgicos y con los colores más característicos, parecen ignorar que existen anhelo- los espirituales a cuyo servicio importaba poner la reti- na y la mano. ¡Gran ventura la suya en no conceder margen a la inquietud, madre de creaciones y de reno- vaciones; gran dolor—replicamos—en las voluntarias reclusiones y abstenciones por temor a salirse de lo acostumbrado! Y no se nos arguya que en los instan- tes presentes, efecto de una desorientación que inva- de por igual a los pueblos, enorme confusión e infe-

los maestros menores, se penetra uno de la probidad que antaño regía los destinos del arte, de la ciencia que era preciso atesorar y de la disciplina, sólido fundamen- to e insustituible concertadora de facultades, a que toda una preceptiva casuística, de rigorosa, se aplicaba. D no aprestarnos a clausurar la brillante historia de l pintura nacional, es necesario volver a lo antiguo, e la parte de bondad experimentada y de esencias no e teradas que contiene, a pesar de las mudanzas temp- rales. Nada, por tanto, de copiar armazones envejeci- dos; guerra sin cuartel al arcaísmo suplantador; por frente a lo prohibido, sepamos viabilizar las suscitaci- nes que la vasta sombra del genio clásico proyecta. la postre, según feliz metáfora de Milá y Fontanals, l tradición viene a ser el terreno sobre el cual se asienta la planta para echar el paso adelante.

La falsa tradición, entronizada en España por los más acérrimos enemigos de la verdadera, esto es, de la no sectaria, ha causado estragos irreparables. Diferen- ciarias, resulta, en ocasiones, tarea complicada y suje- ta a error; el siglo XIX las involucró en pintura, y el casticismo con que ambas se exteriorizaban amparó lo

en su acepción gramatical, en su ideología estética. Variarse de él, se abrazaron o menos incurso en sos. Casticismo ambiguo, de re, de otro, se adueña. Reflejadas están de so. Moderno y en las de las enumeremos.

Centenares de lienzos, docenas de estatuas (en grupos o solas), de medias figuras, de bustos. Todo un repertorio de vulgaridades, vana ofrenda que al encumbramiento de lo oficial se dedica. Con haber tanto pintor y tanto escultor, más llamados que elegidos para la ingrata función del Arte, no les toca un punto de contricción, y ni con modestia de aspiraciones, trocando el dictado de artistas por el de artífices, se deciden a cultivar cualquier rama del arte aplicado.

de escultores en un año. Talleres de manufactura florecientes lo proclamarán por nosotros en Madrid y fuera de Madrid. Ahora lo que procede, y a la crítica sana incumbe, es trazar el camino para que la producción no se agoste con rutinas. En el libro, en la conferencia, en el artículo de periódico, urge realizar una labor encauzadora. Los arquitectos, persuadiendo a sus clientes de que a cada época corresponde una fisonomía en arte y que la casa o el palacio de hoy serán el docu-

mento histórico de mañana, contribuirían a instaurar un régimen de sinceridad. No aconsejarlo así es contraer grave responsabilidad. La España del siglo XX—se dirá algún día—nos legó un tejido de suplantaciones en arquitectura y en las artes del hogar. De ser consecuentes con nosotros mismos (a un mobiliario de comedor o de despacho, copia o caricatura vergonzante de lo añejo, para acomodarnos al tono general), habríamos de vestir en consonancia con los trajes de guardarropía. Regocijémonos soñando con pintorescas escenas; el lápiz del satírico, aguzado en el comentario ridículo, nos ayudaría en la noble causa por que aquí propugnamos.

Un estilo en armonía con las necesidades actuales no se engendra ni con concursos, ni con reales decretos, ni con leyes votadas en Cortes. Ha de obedecer en sus elementos constitutivos al sentimiento que se desprende de las ideas sociales en vigor. Es esfuerzo aumado de muchos y requiere un largo tiempo para su gestación.

¿Existe un estilo moderno, o sea adecuado al sentir, al pensar y al obrar de ahora y que nos satisfaga por sus cualidades estéticas? Sí, existe. Lo que acontece es que la preocupación arqueológica estorba su desenvolvimiento, le traba y pretende paralizarle. Lo arqueológico, en derivaciones nacionalistas, rechaza el cosmopolitismo, el colectivismo arquitectónico que se expande por encima de las fronteras para prender en las diversas localidades del continente, cobrando particulares caracteres. La interpretación personal a que se le somete lo mejora allá, o lo rebaja acullá; pero en lo fundamental, en lo que es diferenciación de las normas anteriores, no se deslinda fácilmente. Ligado a nosotros por circunstancias de temporalidad, hemos de mirarle con simpatía, que, al cabo, él es fonsito inevitable de nuestro tránsito por la vida y ha de de finirnos en el futuro.

El paisaje y el retrato cuentan en la Exposición Nacional con nutridas legiones de adeptos. Ambos dispensan, por lo común, de desembolso a los pintores; y sin competir en composiciones con el cuadro de composición, bastan para que a sus autores se les adjudique el premio, hasta la aspiración en los certámenes del Estado.

Los paisajistas este año salvan su credo, si no con maravillas, con muy discretas y hasta hermosas pinturas. Joaquín Mir, Santiago Rusiñol, Eliseo Meifrán y Baldomero Gili y Roig, no desertan de las filas: son los veteranos, y de corazón les aplaudimos, porque su laboriosidad y ansia de lucha les recomienda como

EL POETA ANTONIO MACHADO.—BUSTO EN MÁRMOL POR EMILIANO BARRAL



Al escultor Emiliano Barral

...Y tu cincel me esculpía
en una piedra rosada,
que lleva una aurora fría
eternamente encantada.

Y la agria melancolía
de una soñada grandeza,

que es lo español, fantasía
con que adobar la pereza,
fué surgiendo de esa roca,
que es mi espejo,

línea a línea, plano a plano,
y mi boca de sed poca,

y, so el arco de mi cejo,
dos ojos de un ver lejano,
que yo quisiera tener
como están en tu escultura:
cavados en piedra dura,
en piedra, para no ver.

Antonio MACHADO

se la p...
negra; y, lo que es peor,
se concebía otra. Desde
período romántico hasta
surgió el hombre que
la de traernos la luz—
D. Joaquín Sorolla—, y coincidiendo con el apogeo del género histórico, las entonaciones sombrías, en que el betún de Judea jugaba un papel principal, entusiasman por igual a artistas críticos. Mariano Fortuny, precursor del luminismo impresionista, gozaba de más admiración y fama que la in...
por...
paleta.

Los aislados...
luego en invasión desenfrenada, se importó en toda clase de cosas, no para posibles asimilaciones, sino por un torpe prurito de imitación: el fermento, que administrado con prudencia ha sido utilísimo, fué en el organismo de arte. Los gaceteros, con recetas de... o con pedantes, no atinaron con remedio. Los poetas... En prólogo de su libro *L'Art* indica M. André Salmon que se debe a los poetas el haber adivinado los novísimos del arte y el haberlos lanzado a la circulación; fracasó la crítica dogmática, la había que aguardar ella. Poetas y literatos, veinte años acá, si no tanto como en Francia, han aventajado a la mayoría de los críticos profesionales, que en España hacían gemir prensas, marcando derroteros y descubriendo interesantes. Los Beruete y Regoyezado el uno, el otro—, y tantos nombres más que cabría aducir, bastarían para señalar la razón de la sinrazón con que la crítica estirada y miope pronunciaba sus fallos contra lo que andando el tiempo, y en virtud de ley fatal, había de ocupar por derecho propio el sitio preferente.

Si la Exposición Nacional de Bellas Artes resulta escasa en obras de calidad, brinda, por contraste, en cantidad de las avanzadas. Una mediocridad conservadora, conservadora, estériles supervivencias, roja un nivel de evidente inferioridad. Las audacias, muy relativas, no hallaron allí misericordioso hueco. El VIII salón de Humoristas, más humano, ni les niega la entrada ni les pide los pasaportes. Una policía de las costumbres, que fuera de esperar, dada la filiación política y social de algunos jurados, ha permitido la exhibición de ciertos cuadros con desnudos. Lo que nos sorprende por los vientos de mojigatería y pudibundez que soplan. Observemos que el fuero escultórico no sufre, por fortuna, las vejaciones del celo moralizador. Cuestión, sin duda, de principios.

La sección de lo decorativo acusa vicios que para los gentes indoctas representan méritos: el plagio, el remedo, substancia depauperada del pomposo estilo español que la moda prescribe, o la tímida acomodación del modelo extranjero, al través de las revistas ilustradas. Pues bien; esas modalidades, que la industria explota, proporcionan, en no reducido número de casos, sustento en mejores condiciones que la pintura o la escultura. Un mueblista, un rejero, un ceramista, verbigratia, ganan en un mes, porque hay demanda y encargos, lo que no ganaría una docena de pintores o

ejemplo. Detrás marchan los jóvenes, castellanos, catalanes, valencianos y de las restantes regiones, que poetizan las bellezas del suelo patrio o las transcriben con fidelidad no exenta de amor. En fecha muy próxima hablaremos de los que más se distinguen. También haremos de los retratistas capítulo aparte, huyendo de la mención minuciosa y del registro inventarial, y no citando al pintor que no llegue a la talla.

Las impresiones y reflexiones del visitante, mezcladas a ratos con la divagación, ni se ajustaron a pauta ni por su naturaleza liviana consintieron soldadura con lo transcendental. En su conglomerado hay de todo; si el lector encuentra en ellas un índice de cuestiones o una guía de motivos que le sirvan para deducir fructíferas enseñanzas, nada halagará más a nuestra pluma.

Ilustran estas líneas cuatro reproducciones, dos de lienzos y dos de esculturas, que se destacan en la Exposición Nacional de Bellas Artes. En la *barraca*, cuadro de Nicanor Piñole, no hay artificio, por lo que alguien ha aplicado al pintor gijonés el calificativo de desconcertante. Desconcertante, claro es, por su sencillez. La pintura de Piñole, mate, blanda, desconoce la violencia y el énfasis. Dijérase una prosa de novelista, limpia, espontánea, con matices empleados prudentemente y sin lustre de preciosismo. Los temas aldeanos que narra, no padecen afectación; la expresión pictórica los respeta en lo que de más valioso tienen, en el carácter, a la par que les despoja de lo que pudiera parecer chocarrero. Una visión placida y ponderada del terruño asturiano se plasma en tan preciados trasuntos; la veracidad ingenua de un primitivo no los desdénaría, porque en su aire rústico y saludable no se esconden impurezas. Una fiesta campestre para los artistas namencos, jamás se libra de sensualidades u ostentación de apetitos. En la *barraca*, el grosero *Deus venter* y la risa de francachela no se insinúan ni por asomo. Y el pueblo solázase allí; esa asamblea sería, con algo de patriarcal, aún no se ha lanzado a ofrendar copiosas libaciones en loor de Baco. Si la aldea está perdida por los vicios, Piñole la enfoca y la sorprende por el lado amable, más cerca, desde luego, de la égloga que de la kermesse.

Rafael Argelés ha dejado la nota melodramática que la vez anterior hubimos de reprocharle; celebrémoslo. La «sensiblera película de cinematógrafo» con que el ex pensionado de Roma escenizaba para la galería el dolor angustioso de la muerte, alejándose de los rasgos sobrios que análogo asunto había merecido al maestro Chicharro, se nos presenta con un retrato de su madre. Acaso en la memoria del artista se hayan esfumado los recuerdos de su primera mocedad, cuando, siendo alumno del Colegio de Huérfanos de Infantería, mostraba la vocación en tanteos prometedores.

Con recursos honrados acreditase de retratista escrupuloso. El cariño filial, en auxilio del pintor, suplió, para dicha suya, lo que no es fácil suplir cuando se ejecutan retratos de personas no allegadas.

Pero si el modelo es un poeta, y, además, el poeta es nada menos que Antonio Machado, entonces... Emilia Barral, escultora, ha arrancado a la piedra el gesto de aguda espiritualidad que el soli-

tario y extraordinario cantor de Castilla concentra en sus labios. Imagen viva, que a nuestro admirado poeta le ha sugerido unos versos, serios entre los más serios, y hondos, entre los más hondos, que las letras es-



«DEL MONDEGO» (YESO), POR JOSÉ PLANES

pañolas contemporáneas sabrán guardar como pieza magistral de antología.

Por último, José Planes, escultor murciano, sobre acogerse a lo alegórico para rendir un tributo de encantada adhesión a su tierra natal, fértil y pagana, busca en el alma portuguesa líricos acentos de *saudade*. La cabeza «del Mondego» es síntesis psíquica de una raza; los etnólogos no desmentirán en su corte de cara y sus facciones, el sello lusitano.

Se ha discutido la eficacia de las Exposiciones Na-

cionales de Bellas Artes, y por lo poco interesante de la que nos ha tocado en suerte, su ineficacia. Un sector de la crítica, decontentadizo, clama por la supresión, a rajatabla, de certámenes que cuestan mucho dinero al Estado y no benefician en nada al arte. Otro sector, más moderado, se inclina al cambio de sistema.

Nosotros, sin restar atribuciones a la autoridad competente, o sea a la Dirección general de Bellas Artes, propondríamos, por vía de primera medida, el organizar una Exposición Internacional, a la cual sólo fueran invitados los artistas extranjeros de más renombre y los españoles que gozan de fama dentro y fuera de la nación.

Las variabilidades de criterio, con la persistencia en los errores, nos han traído a un trance del que no puede salirse con dignidad. El cargo de jurado para el to-ma y daca, de sobra sabemos adónde conducía. La repartición de medallas, en buena doctrina, está de más, mientras las camarillas de artistas no sean otra cosa que Centros electorales para una política en detrimento de los fines puros y levantados del Arte.

Sin arrogarnos un papel que no nos cuadra, hemos de invocar la defensa de tan sagrados intereses, que andan en manos de caciques y caciquillos; la relajación de las costumbres artísticas no tiene que ver ni reza con los ideales. Para seguir así, más vale atacar de raíz el mal; no por eso cesarán de trabajar los mejores artistas; estímulos no los hallarán, de fijo, en que tal cuadro o tal estatua, que les costó dolor crear, aparezcan con un número en las Exposiciones-almacén. Las exposiciones individuales, reemplazándolas con fortuna, acallan las rivalidades: cada cual se manifestará con pobres o con sobradas dotes, y el público de inteligentes e independientes decidirá si ha surgido el genio, el talento o la medianía.

No ha mucho, los profesores de la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado se lamentaban del oscuro porvenir que a los alumnos de la misma les está reservado a la conclusión de la carrera y de los rigores a que un ambiente hostil o indiferente les ha de exponer. ¿Cómo ampararles y cómo estimularles? ¿Es lícito cruzarse de brazos? ¿Es piadoso el desdén? No y no.

Pero no echemos por entero la culpa al Estado. Aunque en parte le alcance, mayor será la que recaiga sobre aquellos individuos que, ilusionados y engañados por una vocación que no les nació de lo más íntimo, tomaron la pintura o la escultura por oficio, en lugar de la modesta artesanía, que por ser modesta no desdora. Toda una serie de problemas, que a la pedagogía compete resolver, se involucran aquí.

Las artes industriales del libro, de la madera, del fuego, del metal, descuidadas un tiempo, comienzan al reconquistar la pública atención. Ser cultivador de alguna, y manual obrero, con un poco de inteligencia, equivale a ponerse en camino de asegurar el pan, pronto y en condiciones de relativo bienestar.

Los talleres en las Escuelas de Artes y Oficios, proporcionando un sueldo a los aprendices y admitiendo las obras de encargo, subvenirían a remediar la crisis, y darían un plantel de artífices útiles. Quienes de éstos, ya formados, no se contentasen, y ambiciosos, se creyeran con alientos para escalar mayores alturas, no es de dudar, volarían hasta donde se propusiesen.

Angel VEGUE Y GOLDONI



«RETRATO DE MI MADRE», POR RAFAEL ARGELÉS (Fotografías Alfonso)

Pití y el Mono

Pití era la princesita más linda del mundo. Parecía una muñeca, ¡tan rubita y tan menudita! Era, además, muy buena y siempre estaba risueña. Pero, ¡ay!, tenía algunos defectos bastante graves; por ejemplo: era un poquito golosa, un mucho embustera y alabanciosa sobre toda ponderación.

Constantemente estaba contando cosas maravillosas, que ella pretendía haber visto, y cosas extraordinarias, que ella aseguraba haber hecho. Todo ello era pura fantasía, y ya comprenderéis que eso está tan feo en una princesita de cuento como en una niña de la realidad.

Ahora que, como era princesa, todo el mundo fingía creerla y nadie se atrevía a regañarla.

Aquella mañana hacía un día espléndido. Pití, al despertarse, se sintió de mejor humor que nunca.

—Me voy a dar un paseo por el bosque—declaró en cuanto se tomó su desayuno, consistente en chocolate con bollos, manteca, pasteles, confituras y bombones. Un verdadero desayuno de princesita golosa.

—Está bien—contestó doña Cumplidos, su venerable aya—; daré orden a los pajes y doncellas de Vuestra Alteza de que se preparen para acompañarla; mandaré enganchar los caballos blancos a la carroza forrada de azul, a menos que Vuestra Alteza prefiera la carroza forrada de amarillo y los...

—¡Lo que prefiero es irme sola y a pie!—contestó la princesita.

—¡Cielos!—exclamó doña Cumplidos, horrorizada—. ¡Eso no puede ser! Vuestra Alteza me permitirá que le diga respetuosamente que ha perdido el juicio, y si los augustos papás de Vuestra Alteza...

Pero no había acabado de hablar cuando ya Pití traspasaba los umbrales del parque real, corriendo y brincando como una cabrita en libertad.

Pasó una mañana deliciosa charlando con los pajaritos y cogiendo flores silvestres. De pronto, vio una cabaña muy pequeña; delante de la puerta había una viejecita, muy vieja, que mondaba unas manzanas con un cuchillo muy roto.

Los dedos de la vieja no eran ágiles, y mondaba lenta, lentamente. Pití se detuvo para mirarla, y exclamó:

—¿Qué despacio monda usted esas manzanas, abuela! Yo, cuando lo hago, mondo tres en un minuto.

—¿De veras, hija mía?—preguntó la vieja, mirándola con sus ojillos, que parecían botones—. Pues bien; si quieres mondar, no ya tres manzanas en un minuto, sino solamente diez en una hora, te regalaré un pastel que acabo de sacar del horno.

Pití no vaciló; precisamente tenía hambre, porque el paseo le había abierto el apetito, y mondar diez manzanas en una hora, ¡vaya una cosa!

—¡Venga!—dijo, tendiendo la mano.

La viejecita entró en la cabaña y volvió a salir con un pastel calentito, que olía tan bien, que Pití se lo comió en tres bocados, ¡ham!, ¡ham!, ¡ham!

—¡Vaya, vaya!—dijo entonces la vieja con una sonrisa cruel—; puesto que has cobrado el salario antes de hacer el trabajo, si no cumples ahora tu promesa, te encerraré aquí en mi cabaña, te vestiré de harapos y me servirás de esclava durante toda tu vida.

Pití sintió un escalofrío. ¿En qué trampa había caído? En realidad, ella no

había mondado nunca tres manzanas ni en un minuto ni en toda su existencia, porque en el palacio real tenía un paje solamente para mondar manzanas. Pero, ¡bah!, la cosa no parecía muy difícil.

—Déjeme usted el cuchillo, abuela—dijo.

—¡Quia! Este cuchillo no lo presto yo—dijo la vieja—. Arréglatelas como puedas; yo me voy, y volveré dentro de una hora. No intentes escaparte, porque yo me enteraría, y tu castigo sería doble.

Y se marchó riendo y moviendo la cabeza.

Esta vez, Pití se vio perdida; mondar manzanas sin cuchillo estaba por encima de sus fuerzas. Se echó a llorar.

¡Toel, ¡toel, llamaron a la puerta.

Y entró... ¡un mono!

—Princesita—dijo el mono—, no te apures, yo te daré el medio de triunfar de esa mala vieja. Pero, ¿qué me otorgarás en premio?

—¡Lo que me pidas!—exclamó Pití.

—¡Trato hecho!

El mono, que por cierto era muy mono, cogió una manzana, clavó en ella



—Me voy para que la vieja no me vea y lo comprenda todo—dijo entonces el mono.

Y se escapó. Cuando la vieja llegó y vio las diez manzanas mondadas, se puso verde de rabia. Sin embargo, como era muy desconfiada, dijo:

—Necesito saber cómo te las has arreglado. Ya que has mondado diez, puedes mondar once; pero ésta ha de ser delante de mí.

Puesto que el mono imita al hombre, la mujer bien puede imitar al mono. Pití agarró otra

manzana, clavó en ella sus blancos dientecillos y, ¡zás!, dió un tirón. La vieja quedó asombrada; no se le hubiera ocurrido a ella tan sencilla martingala.

—Está bien—dijo—; eres libre.

No sin hacerle primero una graciosa e irónica reverencia, Pití echó a correr, riéndose a carcajadas.

De pronto, oyó que la llamaban.

—¡Princesita Pití! ¡Princesita Pití!

—¡Ay!—murmuró la niña, parándose en seco—; ¡el mono!

Era el mono, en efecto.

—¿Me habías olvidado?—la preguntó.

—¡Quia, no! Pensaba escribirte.



sus dientecillos agudos y dió un tirón. A los pocos momentos, por este procedimiento, las diez manzanas estaban mondadas.

—Si yo no necesito que me escribas; lo que quiero es que cumplas tu promesa de darme lo que yo te pidiera; y lo que te pido es tu mano, princesita Pití.

Pití se quedó helada. ¡Casarse con un mono! ¡Qué porvenir para una princesa!

—Sin embargo—prosiguió el otro—tienes un medio de salvarte, ya que, según veo, no te gusto mucho: Te dejo libre si adivinas mi nombre.

—¡Oh! ¡Eso es muy fácil!—exclamó Pití, siempre alabanciosa—. Yo lo sé vino todo en seguida.

—Mejor para ti. Te doy tres días de plazo desde ahora; cada día podrás decir tres nombres. Empieza.

—Probablemente—dijo Pití—te llamas Cocó.

—No.

—Entonces te llamarás Titi.

—Tampoco.

—¿Y Kiki?

—Nada, que por hoy no das pie a bola. Adiós. Mañana te visitaré en el palacio.

Pití se quedó cabizbaja; ella, siempre tan risueña, estaba triste y preocupada; pero, en fin, todavía le quedaban dos días de plazo y seis nombres por decir.

A la mañana siguiente, Pití se encerró en su habitación, cavilando y recordando todos los nombres de mono que conocía. De pronto, oyó un ruido en la chimenea, y por allí entró el mono.

—Buenos días, Mico—dijo la princesa.

—Buenos días; pero ese no es mi nombre.

—¿Será tu nombre Miquin?

—No.

—¿Ni Miquito?

—Ni Miquito. Hasta mañana.

Y el mono desapareció.

Pití pasó muy mala noche; ya no daba de su desdicha; se casaría con un mono y, en lugar de ser reina y vivir en un palacio, viviría en la selva. Ella tan golosa, se nutriría solamente de frutas silvestres. Además, la compañía de un mono debe de ser, a la larga, bastante aburrida. Y no era eso lo peor, sino que tendría, sin duda, que aprender a subirse a las ramas de los árboles. ¡Dios mío! ¿Qué pensaría doña Cumplidos?

Al otro día, el mono se presentó a la misma hora.

—He soñado que te llamabas Kiki—dijo la princesita con voz mal asegurada.

—Tu sueño te ha engañado.

—Apuesto que te llamas Lulú.

—No apuestes, porque perderías.

—¡El último nombre será el verdadero!—exclamó la pobre Pití, desesperada—. ¿Te llamas Cónsul?

—El último nombre ha fallado como los demás.

Pití bajó su cabecita rubia y una lágrima asomó a sus ojos azules.

—Está bien—dijo—; me casaré contigo. Tómame la mano.

Pero entonces, ¡oh sorpresa!, el mono dió un brinco, su pelaje cayó al suelo y Pití vio ante ella a un hermoso joven lujosamente vestido.

—No podías adivinar mi nombre, princesita Pití—la dijo—, porque no era nombre de mono, sino de príncipe. Soy Segismundo, hijo del rey Clodoaldo XVIII. Por motivos que serían largos de explicar y que ya te diré otro día, un brujo me condenó a ser mono hasta el día que consiguiese la mano de una princesa. Me has salvado de mi horrible encanamiento.

No intentaré describir la alegría de Pití ante tan dichosa transformación, ni la satisfacción de sus augustos papás, ni las munificencias de la boda, ni la dicha sin fin de la princesita, que en su vida volvió a alabarase ni a mentir.

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

MILAGRO de PRIMAVERA

MAÑANA límpida de mayo. Desde la dehesa próxima, donde habíamos pasado unos días de quietud sedante junto a la amiga predilecta, una diligencia desvencijada nos condujo a la blanca ciudad siempre joven y alegre. Media hora antes de llegar, desde una elevación de la sinuosa carretera habíamos admirado una vez más la gracilidad de la Giralda, que se yergue sobre la selva de las casas como una esbelta palmera gigante.

Contoneándose descompasadamente, como una vieja coquetona, la diligencia entró en el barrio de Triana. Entre las primeras voces mañaneras y el claro y monorrítico tintineo de los cascabeles de las mulas, antiguos recuerdos fueron despertando en nuestra memoria. A los extremos de la población alzábanse, hasta clavar en el azul purísimo, las chimeneas de los fábricas, que esparcían por el espacio el humear aún blanco de los hornos recién encendidos. Parecía como si la ciudad respirase.

El puente. La vieja herrumbre cimbreábase bajo las ruedas de los innumerables vehículos que lo atravesaban a aquella hora. Nuestro carromato ritmaba sus vueltas con el premioso rodar de una enorme carreta arrastrada por tardos bueyes de mirar resignado.

Con los ojos ebrios de la dulce visión del río y el rostro oreado por la fresca brisa mañanera, entramos en la ciudad por el lado en que las calles son amplias y alegres, como besadas perennemente por un trozo de cielo único. Calles estrechas, calles arcaicas y tortuosas, atravesamos luego; y era cada nombre una evocación que despertaba del sueño de la larga ausencia, y cada rincón un lienzo de vida que se erguía para sacudirse el polvo del olvido.

Después de atravesar la urbe de uno a otro extremo, salimos de ella frente a unas viejas y casi derruidas murallas romanas. En el huerto del hospital mariposeaban, bajo el sol naciente, las blancas tocas de unas monjas que regaban, maternales, los rosales, cuajados de flor, y los naranjos, borrachos del fruto sazonado y fragante...

El vehículo siguió la ruta del cementerio. Habíamos prometido a la novia recluida, entre las breñas de la sierra visitar sus muertos, y comenzábamos a cumplirle la promesa. Durante el largo camino de la población al camposanto, el alma, que gusta siempre del dolor como del placer, iba entristeciéndose poco a poco, acaso por no tener en aquel paraje adonde se dirigía ningún ser amado a quien llevar el ex voto sentimental de unas flores. Y nuestras manos, desde las ventanillas de la diligencia, iban, inconscientemente, arrancando las verdes hojas de los árboles copudos y severos que, como viejos guardianes, escoltan la calzada, vieja senda, tan triste siempre, y tan alegre aquella mañana de sol de primavera y de Sevilla.

La casa de los muertos. Próxima a ella, una típica venta, en donde hubimos de beber unas vivificantes copitas de aguardiente, matinal comunión de todos los buenos españoles que madrugan. El co-



chero se nos ofreció, solícito, para acompañarnos en nuestro paseo por el amplio recinto del Silencio. Rehusamos. La soledad es para estar solos, como la alta noche para el amor, y como las muchedumbres son para sentir la ráfaga incendiaria del entusiasmo.

Divagábamos por el inmenso cementerio y, a un extraño impulso, antes jamás sentido, musitamos, sin palabras—mientras latía el corazón a compás de una rima de Bécquer—, una oración arbitraria y sincera por todos los muertos que no tienen quien les rece...

Un cementerio en primavera, para los que nunca han dejado bajo su tierra un trozo inerte de su vida familiar, es un huerto perfectamente absurdo. La vida—la Naturaleza hecha flor— invade el apartado lugar..., y los rosales, con la loca irrespetuosidad de la juventud, cubren las losas en donde los que se quedan grabaron, transidos de dolor efímero, el nombre de los emigrantes que partieron para no volver.

Alegremente, llegamos en nuestro vagar hasta el centro del camposanto. Bajo la antinomia del sol y los cipreses, caldeada la fantasía por el contraste entre la muerte y la primavera, nos detuvimos ante la enorme cruz que se alza en la parte media del cementerio, asombrados, extáticos: la rizada barba del Cristo de bronce, que eternamente agoniza enclavado en el leño, parecía moverse a impulsos de la brisa halagüeña. Indudablemente, soñábamos. Incredulos, avanzamos por mejor afianzarnos a la realidad... Pero, ya más cerca, nuestro vello se erizó de espanto: ondulaba, en efecto, la negra barba; flotaban los cabellos del Nazareno bajo el beso del viento, y de las atormentadas sienes del Justo, como del cuenco de las manos y del nido de las axilas, la sangre del Redentor manaba serenamente bajo el sol primaveral. Temblábamos, presa de una emoción inefable; dobláronse nuestras rodillas en un humilde gesto de prostración. El milagro de nuestra fe—por gracia de la Naturaleza—habíase cumplido...

Durante un gran rato no se oyó un solo rumor. Únicamente los rayos solares vibraban, vivificadores, en la paz florida, mística y suave de la mañana de mayo...

Inesperadamente, el disparo perdido de un cazador lejano conmovió muy cerca de nosotros las aletargadas ondas del silencio, y de la frente de Jesús—como bandada de pensamientos fugitivos—brotó un enjambre de abejas, que revolotearon, asustadas, en el espacio diáfano. Nos aproximamos a la rotunda donde la cruz se erguía: en las concavidades de la broncea figura, las trabajadoras abejas, irreverentes, con la ciencia de su ignorancia, habían osado laborar sus más ricos panales...

Por el rostro, por los brazos y flancos del Cristo—como la sangre de las rotas venas—, la rica miel, brillante bajo el sol, resbalaba silenciosamente...

Juan G. OLMEDILLA

Ilustración de Acusir.

La última tertulia del viejo café

Por suyo tenían aquellos habladores parroquianos el departamento interior del viejo café. La no muy vasta pieza era poco agradable al resto del público, y ellos, por su parte, campaban libremente, cual si aquel espacio les hubiese sido reservado. Allí discutían los sucesos políticos, la belleza de las mujeres, las novedades del teatro Real y del drama en verso, las largas y los pares al quiebro de Lagartijo. Allí escandalizaban con juegos de embite, concertaban negocios, escribían sus cartas, leían la Prensa, mataban el tiempo y se aburrían a gusto. Con cualquier motivo, ya estaban organizando convites; pronunciaban oraciones académicas, leían sonetos, décimas, serventesios, todas clases de loas líricas, y armaban alborotos épicos. Habíanse hecho como los amos, y el amo del café les dejaba, porque ganaba en ello, porque sin esta lucrativa y fija tertulia poco habría de rendirle el saloncillo, que no, sino en días muy señalados, solían visitar otras gentes. El primer dueño del café, murió; y su hijo, con heredado acierto, guardaba toda consideración a la parroquia tradicional de la sala pequeña, donde tenían, pues, tales tertulianos el café ideal, continuación del domicilio, casa del transeúnte, hogar social, tribuna y retiro.

Muchos años antes, éste que se decía *Café de la Reina*, ya se llamó *Café de O'Donnell*, uno de los más antiguos que nuestros bisabuelos conocieron.

El primitivo O'Donnell había sido hijo de muy ruidosos padres: el de *Lorenzini*, club rabioso, que un italiano listo fundó en la Puerta del Sol cuando alboreaba en España la libertad, que aún no ha acabado de amanecer, ni alboreando en la Puerta del Sol...; el *Lorenzini* digo, donde los ciudadanos liberales, recién acuñados ciudadanos, se reunían para conspirar, improvisando arengas y catilinarias, subidos sobre las mesas, celebrando el advenimiento del libre examen civil, cantando a los caudillos del levantamiento; y el café no menos afamado de *La Fontana de Oro*, fontana de elocuencia parlamentaria, sito en la Carrera de San Jerónimo; calle política, en el cual se asentaban tan desordenadamente los *Amigos del orden*, y en el que, desde las siete de la tarde, atronaban con los agresivos versos del *Trágala* y con los coreados discursos, predominando el arrebatado verbo de Alcalá Galiano.

Pero en tales sitios cerraban a las diez de la noche, y la juventud no podía trasnochar sino un poco allá en el *Príncipe*, en donde los aficionados a letras, discípulos de Lista, lograban prolongar algo el culto a Diana. Para la mocedad que no tenía sueño y para quienes deseaban paraderos más apacibles, se abrieron sucesivamente cafés que pudieran decirse familiares, y se fundó, entre otros muchos, el *Café de O'Donnell*.

Fué en aquellas fechas cuando el café llegó a constituir más generalmente hogar común. El café, veneno agradable, según Tissot, y bebida intelectual que amaba Voltaire, hizo digestivo nacional. Si el Gobierno de entonces había cerrado repetidamente *La Fontana*, imitando en ello a soberanos que conminaron con severas penas a los visitantes de tiendas de café, puntos de reunión de políticos descontentos, no se metió luego a impedir que la gente se contaminara de este vicio pacífico de frecuentar la exótica infusión. Por tales días, comenzándose a hacer vida más callejera, se estimó la importancia del café, calle techada y domicilio público. El café es realmente una útil institución social. Cuando nos aburrimos en casa, tenemos

en el café el recurso de prolongar nuestra casa, pasando por la calle... La madre solícita y amorosa que tenemos en todos los cafés, nos atiende y sonríe, nos sirve el desayuno, las comidas y la colación, nos limpia la mesa, nos enciende la estufa, nos toca el piano... Yo no entiendo de esos esquivos bares a la neoyorquina, que tan sólo tienen mostrador y un pavimento de acera, exclusivamente de acera, para un tránsito continuo, del que no sabría uno dónde reposar...

No estuvo aquel *Café de O'Donnell* muy artística ni lujosamente decorado: tenía espejos con ensambladuras de hojalata, quinqués macilentos, que se alimentaban de la alcúza y que lo ahumaban todo; mesas de pino, que imitaban caoba, con tapas pintadas de blanco, que aparentaban mármol, y banquetillos con cojines de hule, llenos de crin.

Con los años se hicieron sendas variaciones: mecheros de gas reflejaronse en mayores y más finos espejos; se añadieron decorosas cortinas y divanes capaces; al fin, en la fachada púsose un nombre nuevo: *Café de la Reina*; y ya era otro café distinto, como de nueva planta.

El cual, a la sazón en que yo fijo este relato, asimismo había ido alterándose repetidas veces, como vejistorio que no se resigna a las arrugas, que se retoca para disimular la edad y ponerse a buen tono; y los hombres de la antigua reunión del interior no hay que decir que envejecían, por más que se retocasen también; y, por ejemplo, aquel abuelito del chaleco florido y la peluca ya no era el lechuguino peripuesto, melena de león, romántico póstumo, conspirante en cualquier revolución, justa o injusta, con tal que fuese revolución; ni este coronel mandado retirar, catarroso y de genio agrio, era aquel batidor travieso, encanto de toda solterita. ¡Cuántas y cuán profundas mudanzas! ¡Dónde estaban los feroces mostachos y la negra mosca del auditor de Guerra, el lindo bigotillo dorado del procurador? Ciertas gibas mal disimuladas, geran las arrogancias de antes?... Hasta *Nardéz*, el gato del *Reina*, tenía catorce años y perdía el pelo... En el café habían pasado tales hombres sus vidas, alejándose y alternando a veces por las luchas, pero reintegrándose siempre a él; hasta que comenzaron a ir faltando... por bajas sensibles. La segura muerte citaba de vez en cuando a uno de ellos, y bien lo atestiguaron pronto los lugares vacíos.

Corría, corría el tiempo. La sala iba quedándose un recinto anticuado, roídas las maderas, no firmes las sillas, renegrida la piedra de los veladores, carcomido el entarimado, y todo marchito de barniz o con el falso lustre del uso. Y si se avejentaba de tal modo el café, los individuos que formaban la antigua peña, mirábase ahora reducidos ¡a tres!, de tantos como fueron... Don Ventura, don Cosme, don Isidro, nevados por el invierno de su edad e inútiles para todo trabajo. Y allí estaban... La vida de estos tres veteranos era, puntualmente, acudir al café...

—Pocos hemos quedado—hablaba don Isidro.

—Pocos y viejos—añadía don Ventura.

—Pues usted, don Ventura, está bien conservado.

—Sí, sí; las momias nos conservamos... siglos...

Don Cosme no se resignaba a ser momia. Con rebelde resto de juventud, aún clamaba por las estocadas del *Negro*, poníase afónico celebrando a Gayarre y bramaba por la *Ñiña* en cuanto le dejaban cesante al hijo...

Don Ventura se reanimaba también, añorando las buenas épocas, desdeñando el presente.

—Los políticos de hoy en día no saben conspirar contra nada ni valen como

para que se conspire contra ellos... Los toreros de ahora, son señoritos de mojanga y beneficio... Los autores dramáticos, escriben en prosa cosas prosaicas... Ya no se bebe manzanilla; se beben... perfumes de tocador... ¡Bah! ¿Estos son tiempos?...

Don Ventura renegaba de todo: del café, que no era el de antiguamente; de los periódicos del día, con más información, pero menos fe; de la estufa, que no calentaba; del sol, que también calentaba menos...

Un día, don Ventura no volvió más al *Reina*. Una esquila de luto, con recomendaciones de Job y de Kempis, fué para don Isidro y don Cosme carta de excusa eterna...

Restaron, pues, dos supervivientes, los cuales continuaron, fieles, inseparables, acudiendo al departamento.

—Quedamos dos, don Cosme.

—Dos, don Isidro.

—Y no tardará que uno de los dos...

—¿Quién?

—Daré lo mismo. Porque ambos no somos ya más que dos muertos.

Callaban largamente... Hacía mucho que la tertulia había callado ya...

En la sala, a veces, entraban profanos; algunas parejas de tórtolos, que cuchicheaban y reían. No llenaban los viejos el departamento; era demasiado grande para los dos... Y prosiguió el turno fatal, y a poco, don Cosme había desaparecido. ¡Había muerto el penúltimo!

Ya don Isidro estaba solo. ¡Solo!... Comprenderéis toda la tragedia: los demás habían muerto; pero éste era el que se miraba morir...

Lealmente, don Isidro siguió yendo al café, con reverencia íntima, a meditar en el culto a sus amigos, a continuar su tertulia en el más desolado monólogo... El dueño del *Reina* le saludaba cariñosamente y departía con él un rato; del júbalo después. Don Isidro leía su periódico, hacía su guardia...

Por entonces, desde cierto tiempo a esta parte, la sala interior ífase haciendo más frecuentada, y menudeaban las coleritas amorosas; entraban jóvenes que hablaban muy recio, que disputaban sobre otra literatura, otra pintura, otra escultura; irrumpía el abigarrado cortejo de una boda. Chocolate para veintitantos: veintitantos que arrinconaban al pobre don Isidro y le echaban.

Como la concurrencia era cada día mayor, y como ya todo estaba muy viejo, el amo del local hizo reformas radicales: mandó que se derribara un tabique y se revolviera todo y se repintara; puso grandes espejos, bombas eléctricas, divanes de terciopelo rojo, un *Erard*; destruyó el reloj... por anacrónico...; instaló billar en la sala chica... El café no era hoy el café; llamábase *Gran Café Moderno*, y don Isidro decidió no volver, definitivamente, porque el café mismo... había cesado de existir...

Y vió un día el amo del *Gran Café Moderno* pasar ante sus puertas a la hija, enlutada, de don Isidro, y un presentimiento le abatió fuertemente.

—Murió, sí, señor—díjole ella, suspirando—. Ya no salía nunca ni venía a su café, su única distracción, su costumbre de toda la vida. Y murió...

El hombre recordó su antiguo *Café de la Reina*, y recordó, entera, su misma vida. Se había ido la última tertulia... la suya.

Era éste otro local: la gente era nueva también. Otra época. La juventud, que todo lo invade y reanuda; la vida, que se va barriendo a sí misma.

Y se vió el extraño en su propio medio, ajeno al presente, con una existencia que no era más que un pasado, y sintió una irreparable tristeza...

Dentro, varios jóvenes reían, con sus novias...; al fondo, en el billar, un impaciente tocaba las palmas...

José BRUNO

Granada y sus fiestas del Corpus

QUIEN no haya visto las fiestas del Corpus en Granada, no sabe hasta qué punto puede llegar la exaltación del color y de la alegría; es un espectáculo que supera a todo lo que la imaginación es capaz de concebir.

En las fiestas granadinas hay notas de colorido, como, por ejemplo, la procesión del Corpus, que expresa el sentimiento religioso de Granada. Este desfile procesional durante una luminosa mañana de junio por las calles entoldadas y cubiertas de olorosa juncia, es un cuadro solemne de una gran belleza. Hay que ser granadino para comprender el sonido grave y rotundo de las campanas de la catedral cuando voltean saludando la salida del Santísimo.

Contrasta con la majestad de ese religioso desfile la comitiva alegre y jaranera de las corridas de toros. Los desfiles son brillantes y animados, como si corriera por las calles una ráfaga de loca alegría con mil ruidos joviales, mientras pasa ante los ojos deslumbrados la visión llamativa de los pañolones de Manila, con sus fuertes manchas de color.

La Alhambra ofrece una renovación de honda poesía en las noches de concierto. Una grata entonación de la luz hace brillar el patio del Palacio de Carlos V, convertido en templo de la música. A la hora del desfile, el bosque se ilumina fantásticamente con bengalas de colores, dando la impresión de un encantado bosque de leyenda.

Las veladas en los paseos tienen el atractivo de unas espléndidas iluminaciones, que presentan perspectivas sorprendentes. Son célebres por su belleza y por su magnificencia. Las iluminaciones de Granada no han sido superadas, seguramente, en ninguna parte del mundo.

Las verbenas en el Albayzín tienen la poesía que les presta aquel encantado barrio moruno, de maravillosas visiones panorámicas. No hay allí un rincón que no ofrezca una leyenda romántica, como no hay una calle donde no aparezca el rostro sugestivo de una mujer hermosa.

Y por este orden, todas las fiestas de Granada tienen un especial colorido y singular belleza, lo mismo los espectáculos populares, con su bulliciosa alegría, que los festejos de arte y selección. Granada se divierte con sano regocijo durante el grato paréntesis de las fiestas del Corpus. Y hay que ver las fiestas granadinas para comprender hasta qué punto insospechado puede llegar en este hermoso pedazo de Andalucía la exaltación de la alegría y del color...

Enrique HERNÁNDEZ CARRILLO

Presidente de la Comisión de turismo y fiestas del Excmo. Ayuntamiento.

EDITORIAL MUNDO LATINO

Apartado 502.

El 1.º de junio se pondrá a la venta en España y América

LA MUERTE NUEVA

Novela de

A. HERNÁNDEZ CATÁ

350 páginas de primorosa presentación: 5 pesetas.

PEDIDOS:

Por mayor: Sociedad de Librería.
Por menor: Librería Yagües, C.
ballero de Gracia, 28.

BANCO INFORMATIVO DE LA INDUSTRIA Y COMERCIO CAMPOMANES — NÚM. 10 —



Dirección y personal del Banco Informativo de Industria y Comercio

Recientemente ha tenido lugar en esta corte la inauguración del Banco Informativo de la Industria y Comercio, constituyendo el acto un verdadero acontecimiento, máxime si se tiene en cuenta el papel que la naciente entidad se propone desempeñar, y del que a continuación damos una somera idea.

Desde luego puede decirse que el comercio está de enhorabuena, puesto que el nuevo Banco ha de contribuir muy eficazmente al mayor desarrollo y mejor desenvolvimiento de nuestra industria y comercio.

Uno de sus principales objetos, aparte las operaciones propias de cualquier entidad bancaria, es la información comercial y el crédito; así, pues, podrán sus asociados girar, descontar letras, abrir cuenta corriente, con o sin interés; solicitar préstamos de cantidades que les sean concedidas en proporción con el número de acciones suscritas y el crédito que merezca su casa.

Como decimos anteriormente, uno de los ramos al que piensa dedicar preferente atención es al de información comercial, para lo que cuenta con valiosísimos elementos, habiendo montado a este efecto corresponsalías en las principales provincias de la Península. Y como su campo de acción ha de ser extenso, también ha organizado en el extranjero un competensísimo servicio, en virtud del cual podrá obtenerse en cualquier momento una información tan veraz como rápida.

Lo expuesto demuestra la importancia de los proyectos del Banco y la no-

bleza de sus fines, por lo que, apenas lanzada la idea al público por medio de la Prensa, se multiplican las peticiones que a diario recibe solicitando su admisión como socios, pues interesa aclarar que, además del capital suscrito, ha de producir un interés muy saneado, superior siempre a un 6 por 100 anual.

A ello contribuye en gran parte su selectísimo Consejo de Administración, de reconocida solvencia, honradez y experiencia en el negocio, y muy particularmente el director técnico, D. Salvador de la Plaza y de la Rubia, alma de la Sociedad y fundador de la misma, cuyas excelentes dotes de inteligencia y laboriosidad nos hacen augurarles un éxito completo. A él es a quien muy particularmente enviamos desde estas columnas nuestra sincera y entusiasta felicitación por tan laudable idea.

Preside el Consejo de Administración el conocido industrial D. Juan González Gallego, hombre de honorabilidad reconocida y de crédito bien cimentado.

Es consejero y cajero del Banco el Excmo. Sr. D. Fernando Navarro de Muzquiz, general de brigada y escritor ilustre, y todos, con verdadera fe y entusiasmo, esperan recorrer en triunfo el camino del éxito, no dudando acudirán por sus oficinas, Campomanes, 10, todos los comerciantes expertos que comprenden solucionado el problema que tantos años llevan estudiando.



El presidente del Consejo de Administración, D. Juan González; el cajero, D. Fernando Navarro; el director técnico, D. Salvador de la Plaza, y el secretario general, D. Vicente Pinedo.

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.-VELÁZQUEZ, 40.-APARTADO 269
Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar. Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.-Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid

Director: MANUEL MOIX GOMBAU
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid

Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU
Presbítero

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y MAN-TONES DE MANILA.
SAN BERNARDO, 1.

Pedid Coñac Lion d'or

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACIFICO, 12
TELÉFONO M 17-65

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias

ESMALTE ORO "EL SOL"

para dorar cuadros, espejos y retablos.

La Casa más surtida en colores

FLORENTINO PEREZ (S. en O.)

Sucesores de Díaz Herrera

HORTALEZA, 17

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de MANTONES DE MANILA, mantillas y trajes de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.



Medias y calcetines de seda, hilo y algodón muy resistentes y económicos por su duración.—Hortaleza, 82, LAESTRELLA
Todo el que compre 25 pesetas de estos artículos se le regalará un billete legítimo de mil coronas, si el cliente lo exige.

TURBIN S

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger, Uzwill (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20.—MADRID

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.
Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Entrada al vestibulo del Hotel de Paris.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones. Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero. Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. — Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



Philips 1/2 watt



La preferida mundialmente
Prase en todos los Establecimientos de Electricidad

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELECTRICO

MADRID: Marqués de Cubas, 10.

BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

Comedores, despachos, recibimien-
tos, dormitorios, sillerías, tocado-
res, salones, escritorios de señora,
bureaux americanos, clasificadores

Serrano, 17 :- Ayala, 60

Quiosco de EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá
esquina a Barquillo

ALFON FOTOGRAFO
FUENCARRAL MADRID
TOLEDO 63 MADRID

ODEON

es y será siempre la marca de DISCOS
que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran
en ella, y su repertorio reúne todos los
géneros.

Ventas

a plazos

con

precios

de

contado.

Envíos

a

provincias

aparatos

con

boelna

o sin ella.



Pida usted catálogo y condiciones a
ODEON - Preciados, 1 - MADRID

De sobremesa, con motor fijo y con
motor movable; universales, para mesa
y pared; de techo, de muro, centrifu-
gos, para minas, para aire húmedo,
etcétera, etc.

Grandes existencias para entrega inmediata

FÍDANSE EN LA

Ibérica de Electricidad (S. A.)

Madrid.-- Barcelona.-- Bilbao.-- Gijón.
Sevilla.-- Valencia.-- Zaragoza y en los
principales establecimientos de venta
de material eléctrico.



VENTILADORES



LOS MÁS PRÁCTICOS Y DE MAYOR DURACIÓN